

# Poemas

Por Jaime Manrique Ardila<sup>1</sup>

## Cometas

En diciembre  
arribaban  
los vientos alisios.  
Al atardecer  
izaba cometas  
en el Parque Recostadero  
donde se reunían  
los amantes de Barranquilla,  
Armaba las cometas  
con goma, varitas  
de paleta y papel cebolla  
de colores selváticos.

Los días  
transcurrían raudos  
como cometas  
al viento.  
Entrada la noche,  
exhausto de correr  
las lomas del Recostadero  
yacía en mi lecho  
con mis ojos abiertos  
y soñaba con una cometa  
que me transportara  
hasta la luna sangrienta  
del trópico

---

<sup>1</sup> Barranquilla (Colombia), 1949. Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus (1975) con el poemario *Los adoradores de la luna*. Ha publicado las novelas *Colombian Gold* (1983), *Latin Moon in Manhattan* (1992, *Luna latina en Manhattan*, Alfaguara, 2003) y *Twilight at the Equator* (1997). Es autor de los libros de poemas *Mi noche con Federico García Lorca* (1995), *Mi cuerpo y otros poemas* (1999) y del ensayo autobiográfico *Maricones eminentes* (Alfaguara, 2000). Ha trabajado como profesor en New York University, The New School for Social Research, Mount Holyoke College y Columbia University.

mientras abajo, en la tierra  
donde yo vivía,  
los glaciares  
se derretían  
los mares  
se desbordaban  
y el continente de África  
ardía en llamas.

### **Carta a M. Elvira**

Desde tu casa  
en una colina  
el Caribe fosforece  
a tus pies.  
Me preguntas cómo son  
las noches invernales  
en este pueblo congelado.  
En las noches claras  
desde el patio,  
en honor tuyo,  
bautizo las estrellas  
cuyos nombres comienzan  
con la misma vocal  
de tu nombre:  
Elisa, Edith, Eloiza, Elvira.

Esta noche  
el viento sacude  
velos de nieve en polvo  
y me invade la sensación  
de que ya escribí este poema.

¿Quién dice que el tiempo pasa?  
El tiempo ni avanza ni retrocede  
ni guarda memoria de los versos  
que escribí hace años.  
Las estrellas no están  
ni más lejos ni más cerca.  
Soy yo quien cada vez  
estoy más lejos.

## El tigre

No el tigre de Blake  
de espantosa simetría  
ni el tigre de Bengala  
de Borges terror  
de las riberas del Ganges.  
Me refiero al tigre  
de la finca de mi abuelo  
adonde sólo los valientes  
se atrevían. El tigre  
sagrado y sangriento  
de los mayas, el tigre  
de colmillos como  
dagas de alabastro,  
devorador de becerros y doncellas.

“Se lo comió el tigre”  
era la expresión que se usaba  
para explicar la desaparición  
de cualquier hombre o bestia.

Entrada la noche, el tigre  
rugía en la selva  
declarándose emperador de las sombras  
dueño y señor de la jungla.  
En el cuarto donde adultos  
y niños dormíamos  
en nuestras hamacas, todos  
temblábamos de pavor  
cuando la *panthera onca*  
cantaba su canción  
de muerte.

Si repentinamente  
una tempestad de lunas ardientes  
hubiese irrumpido por la ventana  
cerrada, no me habría extrañado  
pues nada me asombraba  
en aquellos días de ese tigre  
que aún me acecha.

